El Nacional — 2-6-83

Vicente Gerbasi

EN EL AMANECER DE LA MEMORIA, un hombre amigo de las montañas, las constelaciones y las hormigas, abre los párpados del sueño y comienza a mirar (y a medida que las mira las va inventando) presencias de claridad que una sombra muy lejos ha ido atesorando nóctumbremente.

Primero despierta el patio, mueve las alas y alboroza, y un centelleo en el frescor pone de pie los árboles que la tierra ha tendido para abrigarse del universo (de las estrellas y las noches que viajan alto sin comprender), como si las errancias tocaran todo con su lumbre y su viento y aquí abajo no hubiera otra distancia que la intemperie.

Despues el hombre y el poeta (que es así mismo niño, pastor de mares y labriego) inicia el río de la mañana y al encontrarse los caminos, los animales y los viajeros, va saludándolos en la luz, les dice a voces claros secretos. Todos oyen y asienten. Se reúnen al fondo y cuchichean aparecidos las confidencias de las corrientes. Saben que andar no siempre aleja, ni al volver se devuelven, y que un pañuelo en las despedidas hace las señas de un olvido, una esperanza y un nacimiento.

Al mediodía ya es verano (recurrente verano) en las palabras de Vicente. Así con sílabas de sol va tocando las hojas, va conversando con arroyos sobre la sed y los destellos. En el sequío silba un pájaro. Las nubes pesan y se detienen. Un chirrido vidrioso va extendiendo en los montes un centelleo que deslumbra, sigue durando, bulle, y estalla resplandeciente.

En otras páginas atardece. Gentes a lomo de los años regresan largo de un esplendor. Traen noticias polvorientas y un cortejo de pálidos, asolados recuerdos, mientras las manos deshojadas hablan muy claro de soledad. De su silencio cae la lluvia. Goterones morados diluvian lentos sobre la tierra. Un rapto de cigarras cesa las aguas para que alienten los helechos. Es la hora de los tamarindos. Un aire rojo de caballos monta las piedras, las colinas. Los resquicios del mundo juntan las puertas. Desde la noche de los bosque, los relámpagos y los muertos, un hombre puebla su memoria, semejante a las migraciones de las llanuras, de los planetas. Lo que convoca nutre un libro de atareadas visitas que no fatigan de pasar. Guarda el mapa de un sueño, y el de los astros y el de los tréboles. De Vicente Gerbasi se diría fervorosamente que basta su poesía para los nombres luminosos, misteriantes, soturnos, del universo.

Eleazar León